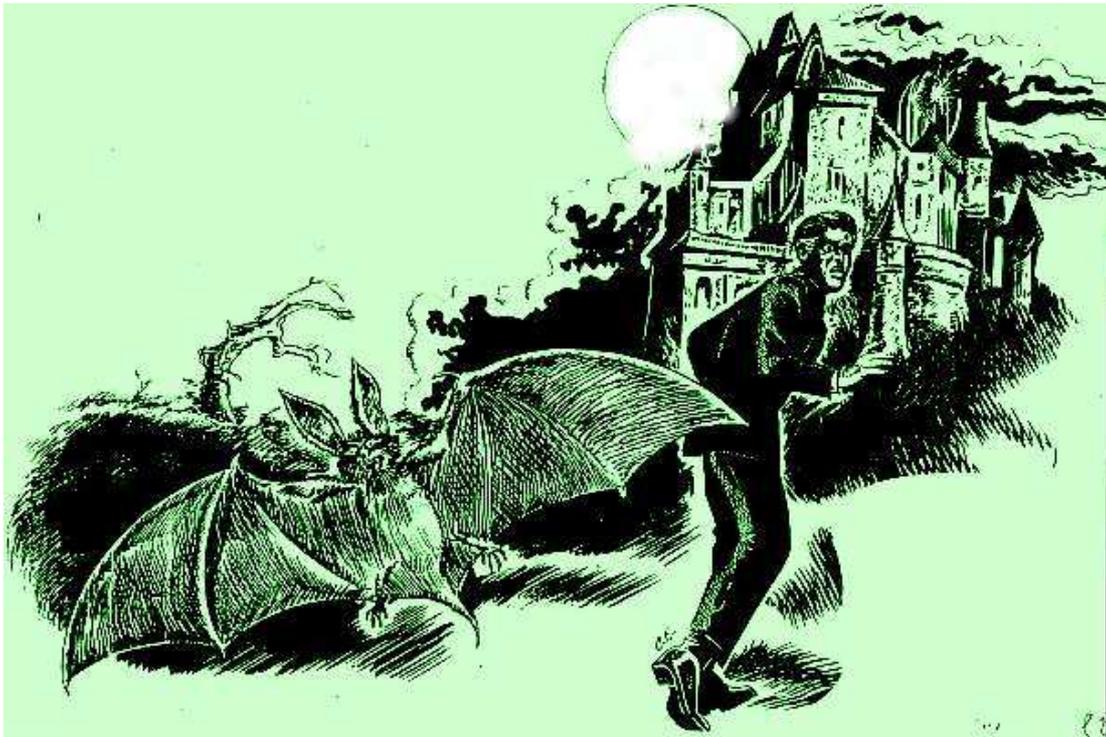


UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

3. EL UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

Resumen: Héctor Poletti, ganador del premio Nobel de Literatura de 1985, se dirige al mundo a través de una emisión televisiva a escala mundial, para advertir de cierta pavorosa amenaza que se cierne sobre la humanidad. A fin de hacerse entender, comienza a relatar las alternativas de su odisea en Transilvania, donde las circunstancias lo forzaron a enfrentarse con fuerzas más espantables y obscenas de lo que su mente habría jamás alcanzado a imaginar...



E STABA PARANDO en Szagyvar, diminuta aldea, poco más que un caserío, apretujada entre imponentes montañas y semisalvajes frondas.

Szagyvar, pese a la rimbombancia que el nombre arroja al oído rioplatense, es del todo insignificante: dudo, inclusive, que figure en los mapas. Sin exagerar, podría recorrerse en menos tiempo del que insumiría el aprender a pronunciar las sílabas de su denominación en forma correcta. La gente que allí habita es simple, primitiva de un modo atrayente, y dotada de ávida curiosidad hacia los extranjeros.

Como descendiendo por vía materna de una familia rumana, intenté hacerme comprender sirviéndome de mi elemental conocimiento de la lengua; pero al advertir que los aldeanos parecían maestros en evasivas, desistí de mi propósito. Después de todo, por entonces no buscaba otra cosa que matar el tiempo, y en rigor nada había en el lugar que me interesase indagar. Frustrados, pues, mis avances sociales, opté por emular a Rousseau; la idea de dar

un paseíto por los aledaños no carecía de cierto atractivo.

En realidad, aclaro, nunca había sido mi intención deliberada alejarme con exceso del mundo civilizado... Pero, en parte debido a ese afán de aventuras que parecía haberse despertado en mí luego de morir mi madre, y en parte a causa de un par de infortunados errores al cambiarme de tren, vine a quedar varado en Szagyvar y aquella su vetusta posada, pintorescamente adornada con cornamentas de reno y ristras de ajo, y “alumbrada a querosén”, ni más ni menos que cualquier vulgar conventillo de tango... Tendría que esperar, según se me indicó (y para ello era conveniente que recurriese a mis avíos de paciencia), al ómnibus de la línea fronteriza, el cual “bien podría ser” que llegase o no dentro de los próximos ocho o nueve días.

Esto fue cuanto logré averiguar, y sólo mediante ingentes esfuerzos de mi parte. Lo tomé, empero, con bastante buen humor, convenciéndome de que lo mejor era apreciar lo novelesco del asunto, en vez de rendirme a una inútil impaciencia. Al fin y al cabo, ¿no era casi como retrotraerme a los románticos tiempos de Bram Stoker? Sólo que sin caballos ni postillones, pero, en fin...

RECUERDO ahora que ese pensamiento en particular no dejó de llamarme la atención, si bien no le concedí en aquel momento demasiada importancia; esto debido al hecho de que, desde muchacho, no había vuelto a perder el tiempo con sublitteraturas de ese jaez, plagadas de vampiros, noches tenebrosas y maldiciones seculares. Inclusive las había borrado de mi conciencia, ocupado en actividades más prácticas, y desde luego menos reñidas con mi labor de escritor “serio”... Atribuí aquel lapsus a la peculiar sugestión del ambiente y dejé de preocuparme por tales nimiedades.

A fin de pasar lo mejor posible el tiempo dentro de las limitaciones de Szagyvar, nada más indicado —se me ocurrió— que explorar los alrededores. Así lo hice, y debo admitir que aquellas excursiones me proporcionaban un gozo que en un principio pretendí desconocer, pero que al fin hube de aceptar plenamente, aunque sin interpretarlo en su verdadera naturaleza. No era otra cosa, supongo, que el tardío desquite, por mi parte, hacia una infancia sobreprotegida, bajo la égida de una madre excesivamente absorbente.

Y fue en el curso de una de esas caminatas que me dejé arrastrar por el encanto nuevo que suscitaba en mí aquel sombrío otoño de los Cárpatos... ¡Mi imprevisión acabó por colocarme en una situación ciertamente comprometida!

—¡Lindo negocio éste! —se me escapó—. ¡En un país extraño, dejo que se me venga la noche encima y pierdo el camino de regreso!...

PRECISAMENTE entonces —como orquestado—, el aullido lobuno, el viento frío, el susurro del follaje. Con mis treinta y ocho años, mi cínico positivismo e inclusive las canas de mis aladares, confieso que me invadió un sentimiento de terror irrefrenable, no exento, sin embargo, de alguna delicia.

¡Perdido!... ¡Ni siendo un chiquilín me había ocurrido algo así!

Salió la luna.

Fue igual a un cambio de decorado en el Bolshoi... Plata y violeta; índigo y negro. Brilllos aquí y allá, con la faz redonda y blanquecina de la mancillada Selene presidiéndolo todo. En momentos como éste, me dije, resultaba difícil seguir considerando la impertinente huella del astronauta como una realidad...

Volvió a repetirse el llamado de la Bestia, ahora posiblemente más cercano. Cuando el instinto de conservación empezaba a asestar los pellizcos iniciales a mis transportes

contemplativos, vi por primera vez la silueta del castillo, recortada póstumamente contra el firmamento cada vez más saturado de sombras. (El castillo en sí era el Umbral de las Tinieblas; pero aún no estaba yo en situación de recelarlo siquiera.)

Un nuevo aullido, coreado de inmediato, bastó para decidirme. O tal vez obrasen desde ya fuerzas extrañas sobre mi voluntad... Lo cierto es que cuando por fin me detuve a considerarlo, tenía ante mí la enorme puerta de roble, y mi mano se tendía hacia el negruzco aldabón.

ME SACUDIÓ un escalofrío, y fue en el mismo instante en que mis yemas rozaban el metal.

Recuerdo con toda claridad haberlo atribuido —en mi ceguera de entonces— al hálito glacial de la corriente de agua, turbia y hedionda, que circundaba al castillo. Era un oscuro cingulo, interrumpido tan sólo por un precario puente levadizo..., el mismo que yo, impensadamente, había traspuesto sin concederme ni un segundo de saludable vacilación...

(Continúa)

¿ADÓNDE CONducIRÁ A POLETTI SU TEMERARIA DECISIÓN? ¿QUÉ INNOMBRABLES TERRORES LE ACECHAN DENTRO DE LOS MUROS DEL ANTIGUO CASTILLO DE LOS CÁRPATOS? ¿TENDRÁ QUE ARREPENTIRSE DE HABERSE AVENTURADO EN LO DESCONOCIDO, EXPONIÉNDOSE A INSTANCIAS QUE JAMÁS HABRÍA PODIDO CONCEBIR EN SU MUNDO COTIDIANO DE MONTEVIDEO? ¡PUES SÍ, AMIGO LECTOR! ¡AUNQUE ÉL AÚN LO IGNORA, ESTÁ A PUNTO DE INTERNARSE EN LAS LINDES DEL INFIERNO, Y LA SANIDAD DE SU MENTE Y LA INTEGRIDAD DE SU ESPÍRITU SE VERÁN AMENAZADAS POR UN DESTINO TAN TERRIBLE QUE CONVERTIRÍA EN HIELO SU SANGRE DE PODER PREVERLO! ¡NO SE PIERDA LA CONTINUACIÓN DE ESTE ESCALOFRIANTE RELATO, EL PRÓXIMO MARTES, EN EL MISMO SITIO! (CLARO QUE SI ACUDE A LA CITA, SERÁ A SU PROPIO RIESGO... ¡QUEDA ADVERTIDO!).

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado

diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com